

NOMBRES

By Julia Álvarez Traducción: Oscar Guzmán

Cuando llegamos a la ciudad de Nueva York, nuestros nombres cambiaron casi de inmediato. En Inmigración, el oficial le preguntó a mi padre, él señor "Albures", si tenía algo que declarar. Mi padre negó con la cabeza y nos saludaron. Tenía demasiado miedo de que no nos dejaran entrar si corregía la pronunciación del hombre, pero me dije nuestro apellido a mí misma, abriendo mucho la boca con la explosión de órgano de la letra "a". Trinando mi lengua para el redoble del tambor de la r, All-vub-rrr-es! ¿Cómo podría alguien sacar a Elbures de esa orquesta de sonido?



En el hotel, mi madre era la señorita Alburest, y yo era una niña pequeña, como diciendo: "Oye, pequeña, deja de subir y bajar del elevador. No es un juguete".

Nos mudamos a nuestro nuevo edificio de apartamentos, el supervisor llamó a mi padre, el señor Alberase, y los vecinos que se convirtieron en amigos de la madre pronunciaron su nombre Jew-lee-ah en lugar de Hoo-lee-ah. Yo, su tocaya, era conocida como Hoo-lee-tah en casa. Pero en la escuela yo era Judy o Judith, y una vez un profesor de inglés me confundió con Juliet.

Me tomó un tiempo acostumbrarme a mis nuevos nombres. Me preguntaba si debería corregir a mis maestros y nuevos amigos. Pero mi madre argumentó que no importaba. "Sabes lo que dijo tu amigo Shakespeare, 'Una rosa con cualquier otro nombre huele igual de dulce'." Mi familia había adquirido el hábito de llamar a cualquier autor famoso "mi amigo" porque había comenzado a escribir poemas e historias en clase de inglés.



Cuando yo estaba en la escuela secundaria, era una niña popular, y se notaba en mi nombre. Mis amigos me llamaban Jules o Hey Jude, y una vez un grupo de amigos problemáticos que mi madre después me prohibió pasar el rato con ellos, me llamaron Alcatraz. Yo era Hoo-lee-tah solo para Mami y Papi, y tíos y tías que venían a comer sancocho los domingos por la tarde. JUDY ALCATRAZ, el nombre en el cartel "se busca" se leería. ¿Quién lo encontraría?

A mi hermana mayor le costó mucho conseguir un nombre estadounidense porque Mauricia no se podía traducir al inglés. Irónicamente, aunque tenía el nombre más extranjero, ella y yo éramos las estadounidenses de la familia. Nacimos en la ciudad de Nueva York cuando nuestros padres primero intentaron inmigrar y rápidamente decidieron regresar a "casa", demasiado nostálgicos para quedarse. Mi madre solía contar la historia de cómo casi había cambiado el nombre de mi hermana en el hospital.

Después del parto, Mami y algunas otras madres primerizas hicieron alarde de sus nuevos hijos e hijas e intercambiaron nombres, pesos e historias de entrega. Mi madre estaba avergonzada entre las Sallys, Janes, Georges y Johns cuando reveló el rico y ruidoso nombre de Mauricia. Así que cuando le llegó el turno de presumir, ella presentó el nombre de su bebé como "Maureen".



"¿Por qué le das un nombre irlandés con tantos nombres hermosos en español para elegir?", Preguntó una de las mujeres.

Mi madre se sonrojó y admitió el nombre real de su bebé. Explicó que su suegra había muerto recientemente y su esposo insistió en que la primera hija llevara el nombre de su madre, Mauran. Mi madre pensó que era el nombre más feo que había escuchado, y ella convenció a mi padre sobre lo que ella creía que era una mejora, una combinación de Mauran y el nombre de su propia madre, Felicia.

"Su nombre es Mao-ree-shee-ah", dijo mi madre al grupo de mujeres.

"Por qué, ese es un nombre hermoso", lloraron las nuevas madres. "Moor-ee-sha, Moor-ee-sha", arrullaron en la manta rosa. Moor-ee-sha fue cuando regresamos a los Estados Unidos once años después. A veces, las lenguas americanas encontraban difícil pronunciar esa mala pronunciación y la llamaban María o Marsha o Maudy por su apodo Maury. La compadezco. ¡Qué horrible nombre para transportar a través de las fronteras!

Mi hermana pequeña, Ana, tuvo el mejor momento de todos. Ella era sencilla Anne, es decir, solo su nombre era claro, porque resultó ser la "belleza estadounidense" pálida y rubia de la familia. Lo único hispano de ella eran los sobrenombres afectivos que sus novios a veces le daban. Anita, o, como un chico tonto solía cantarle a la melodía del anuncio de banana Anita Banana.

Más tarde, durante sus años universitarios a fines de los años sesenta, hubo un impulso para pronunciar correctamente los nombres del Tercer Mundo. Recuerdo haberla llamado a larga distancia en su casa de grupo y un compañero de habitación contestando el teléfono.

"¿Puedo hablar con Ana?", Le pregunté, pronunciando su nombre al estilo estadounidense.

"¿Ana?" La voz del hombre vaciló. "¡Oh! ¡Debes querer decir Ah-nah!

Sin embargo, nuestros primeros años en los Estados Unidos, la etnicidad aún no se había convertido en algo "chévere" o "de moda". Aquellos eran los años rubios, de ojos azules y calcetines de secundaria y preparatoria antes de los años sesenta con blusas de campesinos, pendientes de aros, sarapes. Mi deseo inicial de ser conocida por mi correcto nombre dominicano se desvaneció. Solo quería ser Judy y fusionarme con los Sallys y los Janes en mi clase. Pero, inevitablemente, mi acento y colorido me delataron. "Entonces, ¿de dónde eres, Judy?"

"Nueva York", les dije a mis compañeros de clase. Después de todo, yo había nacido a unas cuadras de distancia en el hospital Columbia-Presbyterian.

"Quiero decir, originalmente".

"Del Caribe", respondí vagamente, porque si lo especificaba, nadie estaría seguro en qué continente se encontraba nuestro país.

"¿De verdad? He estado en Bermuda. Fuimos el pasado abril para las vacaciones de primavera. ¡Tengo las peores quemaduras de sol! Entonces, ¿eres de Portoriko?"

"No", suspiré. "De la República Dominicana". "¿Dónde está eso?"

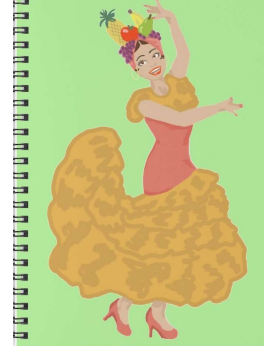




"Al sur de las Bermudas".

Estaban siendo curiosos, lo sabía, pero me quemaba de vergüenza cada vez que me identificaban como un "extranjero", un extraño y exótico amigo.

"Diga su nombre en español, ¡por favor, dígalolo!". Había hecho boquillas un día haciendo sonar mi nombre completo, que, según la costumbre dominicana, incluía mi segundo nombre, el apellido de mi madre y mi padre desde hacía cuatro generaciones.



"Julia Altagracia María Teresa Álvarez Tavares Perello Espaillat Julia Pérez Rochet González". Pronuncié lentamente, un nombre tan caótico con sonidos como un bazar de Medio Oriente o un día de mercado en un pueblo de América del Sur.

Mi herencia dominicana nunca fue más evidente que cuando mi familia extendida asistía a las ocasiones escolares. Para mi graduación, todos vinieron, la gran cantidad de tías y tíos y los muchos pequeños primos que entraron sin entradas. Se sentaron en la primera fila para comprender mejor el inglés rápido de los estadounidenses. Pero, ¿cómo podían escuchar cuando hablaban constantemente entre sí con frases melódicas, consonantes rococó, una vocal rica y rítmica?

Presentarlos a mis amigos fue una prueba más para mí. Estos parientes tenían nombres tan complicados y había muchos de ellos, y sus relaciones conmigo eran muy intrincadas. Estaba mi Tía Josefina, que no era realmente una tía, sino una prima mucho más vieja. Y su hija, Aida Margarita, quien fue adoptada, una hija de crianza. Mi tío de afecto, Tío José, trajo a mi madrina Tía Amelia y su comadre Tía Pilar. Mis amigos rara vez tenían más que un "papá y mamá" para presentar.

Después de la ceremonia de graduación, mi familia esperó afuera en el estacionamiento mientras mis amigos y yo firmamos anuarios con sobrenombres que recordaban nuestros buenos tiempos en la escuela secundaria: "Frijoles", "Pepperoni" y "Alcatraz". Nos abrazamos, lloramos y prometimos mantenernos en contacto.

Nuestras despedidas duraron demasiado. Escuché la voz de mi padre gritando en el estacionamiento: "¡Hoo-lee-tah! ¡Vámonos!"



De vuelta a casa, mis tíos y tías y primas, Mami y Papi, y mis hermanas tuvieron una fiesta con muchos regalos (¡esa es una ventaja para una gran familia!) Obtuve varias carteras y una maleta con mis iniciales y un amuleto de graduación de mi madrina y dinero de mis tíos. El regalo más grande fue una máquina de escribir portátil de mis padres, para escribir mis historias y mis poemas.

Algún día, predijo la familia, mi nombre sería bien conocido en todo Estados Unidos. Me reí y me pregunté en silencio, ¿cuál nombre usaría?

